

**Lucía Alba
Martínez**

Animalitos



AdN

Lucía
Alba Martínez
Animalitos

AdN

Diseño de colección: Summa Brading

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Lucía Alba Martínez, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com



ISBN: 978-84-10138-18-6

Depósito legal: M. 1.087-2024

Printed in Spain

*Para Juan, que es mi verdadera y única
continuidad.*

A veces lo que sueño creo que es verdad, y lo que me pasa me parece que lo he soñado antes... Además, lo que ha pasado no está escrito en ninguna parte y, al fin, se olvida. En cambio, lo que está escrito es como si hubiera pasado siempre...

CELIA GÁLVEZ DE MONTALBÁN

Peces

Soy una niña. No cualquier niña, soy yo misma de niña. Héctor me lleva de la mano. En el sueño sé que soy una niña por eso y porque estamos en Cabo de Gata, que es el paisaje que configura la casi totalidad de mis recuerdos de infancia. No es el paisaje de mis recuerdos superficiales, reconstruidos una y mil veces —el mar azulísimo y el cielo aún más azul, la cala bonita a la que quiero volver siempre, la rampa de las estrellas de mis primeras borracheras, de mi primer amor y luego de mi frustrado amor verdadero—, sino el de mis recuerdos más profundos, más auténticos: las minas, el volcán, las cuevas de yeso, el cortijo abandonado y la rotonda entre fábricas en la que parábamos a recoger granates de camino hacia el volcán. (Los granates son piedras semipreciosas. Para un niño que descubre el mundo, las conchas, los cristales de la playa, son joyas. Los granates, por lo tanto, eran más que joyas. Julio, Dieguito y yo, en pantalón corto y zapatillas de andar para la excursión, piernas regorditas y flacuchas con rodillas raspadas, manitas posponiendo el bocata de queso y chorizo para recoger

piedrecitas rojas entre la gravilla, compitiendo por ver quién llenaba antes el bote, quién conseguía la más grande, la más pulida.) Paseamos de la mano por ese mundo nuestro, en reposo y al mismo tiempo duro en su belleza agreste. Están ahí las pistas de tierra seca que levantan polvo a cada paso, las piedras rotundas y negras de La Polacra, las pitas y las chumberas, los cerros curvados y ásperos como lomos de dinosaurios dormidos desde hace millones de años. Luego llegamos a un lago pequeño, más bien un charco grande, y nos agachamos para ver qué hay en el fondo. Es un microcosmos de guijarros redondos, blancos, grises y rosas, entre los cuales nadan pececitos de los mismos colores que se confunden con las piedras a través del espejo del agua clara y limpísima. Héctor me dice, mira, Inés, mira, son peces radioactivos. (Aquí mi cabeza debe de haber rescatado el recuerdo de un verano en que hicimos la ruta del río Aguas y teníamos que atravesar un riachuelo y dentro encontramos una rana minúscula y totalmente blanca, una rana albina, y dijimos que era una rana mutante y a Sonia y a mí nos dio miedo atravesar el riachuelo porque pensábamos que había algo malo en el agua y nos quedamos juntas en la orilla mientras todos chapoteaban.) Pero ahora a Héctor y a mí no nos da miedo, no hay ninguna amenaza. Y ambos metemos las manos en el agua al mismo tiempo, jugamos a hacer olitas y es divertido, y los pececitos danzan entre nuestros dedos, y son buenos, y nosotros también somos buenos.

Asteroides

Sueño con cielos bellísimos plagados de estrellas terribles, cielos negros y hermosos en los que aparecen estrellas que me dan miedo. Sueño que miro cielos conocidos en los que descubro de repente estrellas que no conozco. Esta noche sueño con asteroides que amenazan con caer y acaban cayendo cerca, aunque no tanto como para despertarme, caen y estallan sin llegar a tocarme, no me hacen daño pero queman y destruyen todo lo que hay a mi alrededor. Me despierto tarde, pero agotada, y miro, como cada mañana, mi cuerpo desnudo y flaco en el espejo del armario y me avergüenzo y me refugio en un pantalón de pijama que me queda grande y un jersey viejo y gastado que recojo de la montaña de ropa que hay en el suelo. Ayer puse a marinar unas costillas y tendría que haberme despertado antes, requieren mucho tiempo de horneado y me doy cuenta de que hay que cubrir la bandeja con papel albal y no queda, así que bajo al chino en pijama y chanclas y la luz de esta mañana de mayo es tan clara que duele. Y la mujer que me atiende me pregunta, ¿hoy no trabaja?, y yo, no, hoy no, y

me dice, ¿mañana?, y yo, sí, mañana sí. Y es mentira y salgo llorando con el rollo de papel albal bajo el brazo. Llego a casa y cubro las costillas, programo el horno una hora, luego les daré la vuelta. Llega Ari, viene a por la cazadora que me dejó el otro día, y la invito a quedarse un rato, nos sentamos en el sofá y me enciendo un cigarro tras otro, trato de mantener una conversación ligera. Tengo resaca, tengo sueño y no quiero hablar de nada importante, en realidad, preferiría no hablar en absoluto, pero de repente ella me agarra de una muñeca con fuerza y me dice, Inés, tu vida lleva parada desde que te conozco y te conozco desde hace mucho, haz algo, retoma la carrera o al menos ve a psicoterapia, por favor. Y no sé qué decir. Ojalá cayera ahora un asteroide. Ella tiene razón y yo tengo unas costillas en el horno.